



D. Emilio Cotarelo y Mori

# BOLETIN

DE LA

## ACADEMIA ESPAÑOLA

---

AÑO XXIII. TOMO XXIII. MARZO DE 1936. CUAD. CXI.

---

### DON EMILIO COTARELO

---

La bienvenida del nuevo compañero don Blas Cabrera se vió luctuosamente turbada por la inmediata muerte de nuestro secretario; golpe en extremo doloroso para los que, habiendo visto en la recepción del domingo pasado a don Emilio Cotarelo desplegar su actividad habitual, hubimos de asistir el lunes a su entierro.

Murió Cotarelo en medio de las ocupaciones académicas, que absorbían su vida. El sábado asistió, como siempre, a las comisiones de la tarde; el domingo, después de la recepción pública, aún estuvo trabajando hasta la media noche en la preparación del manuscrito de Rico y Sinobas que iba a editar para la Academia, y a poco de suspender esta tarea, le sorprendió la muerte, casi repentina.

Con don Emilio Cotarelo desaparece la historia viviente de nuestra corporación, que él sabía como nadie, que él había visto en buena parte desarrollarse durante su larga mansión en esta casa y que él significaba más que ninguno. Los tres que aquí quedamos elegidos a principios de siglo, poco después que Cotarelo, no representamos seguramente tanto como él del pasado.

Y no es que Cotarelo entrase aquí ligado a tradiciones pretéritas. Al contrario; cuando don Alejandro Pidal le recibió a nombre de la Academia el 27 de mayo de 1900, subrayaba el puesto ocupado por el recipiendario en el pequeño grupo que en torno a Menéndez Pelayo desenvolvía una nueva modalidad de la crítica literaria, con intensidad y amplitud en la investigación mayores que antes.

Pero Alejandro Pidal cree oportuno justificar con su espléndida elocuencia el que su patrocinado forme en las filas ilustres de los académicos. Divide éstos en tres grupos: dos que disfrutan de la gloria entre oyentes y lectores antes de recibir el honor de su elección: los oradores y los poetas; y otro grupo a quien la Academia viene a dar la celebridad: los historiadores de la cultura, que reciben con la elección el único premio que la sociedad les otorga. Esta última clase tenía, en verdad, dentro de la Academia tan parca representación como la primera la tenía brillante, y por otra parte sin duda no se dejaba interpretar bien la obra del nuevo académico: el que desentierra en los archivos los auríferos átomos de la verdad, es, por último, “extractor de la primera materia literaria”, es “el gran violador de sepulturas”, que despierta a los pasados y les obliga a salir a pública vergüenza con todas sus flaquezas y defectos; es también el que se desvela “para ver lo que cobró en un mes la *Tirana*”.

Pero los tiempos cambiaban, la Academia evolucionaba con ellos rápidamente y la acción poderosa de Menéndez Pelayo inicia en ella alguna alteración en las proporciones de la primera y tercera categoría establecida por Pidal; inicia la preocupación por enriquecerse con

figuras eminentes de la crítica, de la investigación y de las ciencias, y ya no se creyeron necesarias justificaciones previas para elegir a Hinojosa, a Codera, a Ribera, a Cajal, a Carracido y a tantos otros que ahora por fortuna tenemos entre nosotros.

La entrada de Cotarelo en la Academia nos advierte, pues, el comienzo de una serie de transformaciones que él presenció.

En la media docena de años después de haber ingresado vió extinguirse la gran generación de los antiguos: Campoamor, Núñez de Arce, Valera, Pereda. Vió después el aciago bienio de la casa, 1912-13, en que juntamente con el insigne polígrafo y los ilustres eruditos de entonces, Menéndez Pelayo, Saavedra y Mir, desaparecen los dirigentes, Pidal y Catalina. Cotarelo entonces ocupa nuestra secretaría, como para representar la continuidad tradicional, continuidad que siguió manteniendo cuando la Academia padece otra crisis de frecuentes pérdidas en los años 1920-25, entre las que sobresalen los nombres de Galdós, Picón y Maura.

La obra personal de Cotarelo representa también una continuidad en medio de las nuevas rutas que la crítica tomaba, una fiel perduración en las primeras orientaciones que él una vez había tomado.

Doctor en Derecho a los veinte años, pasó nueve más en la penosa lucha del hombre con la carrera mal elegida, y en el difícil descubrimiento de la vocación propia. Comenzó a encontrar ésta con el libro sobre *El Conde de Villamediana*, 1886, al cual siguió un período de formación: Cotarelo como autodidacto, sin haber estudiado la carrera de Filosofía y Letras, tuvo que adqui-

rír por sí solo la erudición básica. Y al fin, a los treinta y cuatro años publica su primera obra importante: *Tirso de Molina, investigación bio-bibliográfica*, 1893.

Nuestra desidia literaria, decía Menéndez Pelayo al presentar este libro al público, tenía reducida la biografía de uno de los grandes poetas dramáticos de todos los tiempos y países a sólo veinte líneas, y éstas llenas de errores; Cotarelo la dilataba a 78 páginas, y esto utilizando tan sólo fuentes impresas que todo el mundo tenía a mano, pero que nadie había aprovechado; y el autor dejaba de propósito una sensible laguna en su trabajo, por no querer servirse de la inédita *Historia de la Merced*, a fin de no quitar un ápice de novedad a un trabajo similar, aún inacabado, de doña Blanca de los Ríos. ¡Cuán lejos se situaba el nuevo escritor, dice Menéndez Pelayo, de aquellos tiempos de Gallardo en que el campo de la erudición semejava el puerto de Arrebatacapas!

Tras los importantes hallazgos bibliográficos de este libro, la producción de Cotarelo fué ya ininterrumpida. Y facilitada por una prodigiosa memoria, comparable en su seguridad a la de Menéndez Pelayo, esa producción fué abundantísima y fecunda. Los españoles suelen nacer entre dos extremos: el de afanarse y el de holgar, sin que conozcan medio; así que el que se afana no descansa, tratando de suplir lo que no trabaja el que huelga.

Imposible sería dar aquí idea cabal de esa afanosa producción de Cotarelo, siquiera en enumeración rápida. Bastará indicar la gran variedad de campos en que se ejercitaba.

La Edad Media debe a Cotarelo uno de sus primeros estudios: el que versa sobre *Don Enrique de Villena*, 1896; le debe otros acerca de Rodrigo Cota y Diego de

San Pedro, y sobre todo dos cancioneros: el de *Antón de Montoro*, 1900, y el de *Alvarez Gato*, 1901, utilísimos por reunir las poesías de estos autores, dispersas en muchos manuscritos y por ilustrarlas doctamente.

El teatro de los Siglos de Oro constituyó una de las más asiduas tareas del fecundo investigador, a quien se deben sobre este tema multitud de monografías de gran valor biobibliográfico y crítico: el ya citado estudio sobre *Tirso*, 1893, y otros sobre *Rojas Zorrilla*, 1911; *Jiménez de Enciso*, 1914; *Diamante*, 1916; *Vélez de Guevara*, 1917; *Cubillo de Aragón*, 1918; *Don Antonio Coello*, 1919; *Calderón*, 1924; *Moreto*, 1927. A Cotarelo se deben tres tomos de las obras de Tirso, 1906; diez de las de Lope de Vega, 1916-1930; dos de entremeses. Es cierto que estas ediciones, hechas demasiado deprisa, han sido demasiado censuradas, pero nunca serán por último demasiado agradecidas; ellas vienen a suplir bien o mal esa desidia literaria a que aludía Menéndez Pelayo, esa holgazanería de tantos y tantos que nacieron bajo sino contrario al de la premura en que nació Cotarelo. ¿Cómo se podría estudiar hoy nuestro teatro sin estas ediciones? Sin las 260 comedias de Lope de Vega que Cotarelo hizo salir a luz no se podrían haber escrito ninguno de los trabajos con que modernamente se ha renovado la crítica lopeveguesca. Admiremos lo que cada hombre tiene de bueno, y más cuando tiene mucho de bueno; que la mirada sólo atenta a los defectos es únicamente propia para cooperar a la inactividad y a la selección negativa de las épocas de decadencia.

Otra obra de capital importancia no debemos olvidar tras las enumeradas, y es la que historía las polémicas

cas *Sobre la licitud del teatro*, 1904, premiada por la Biblioteca Nacional.

El siglo XVIII debe a Cotarelo escritos de mayor importancia aún. Nuestro secretario era el hombre más documentado acerca de ese siglo. Su valiosísimo libro sobre *Iriarte*, 1897, fué premiado por esta Academia y decidió la elección del autor para individuo de ella. Sus abundantes estudios sobre el arte escénico de este tiempo encierran tan copiosas como raras noticias, obtenidas en inexplorados archivos; están dedicados, los principales, a *La Tirana*, 1897; a *María Ladvenant*, 1896, y el más importante de todos a *Isidoro Máiquez*, 1902. En fin, recordemos la publicación de los *Sainetes de Don Ramón de la Cruz*, 1915-1929, que corre parejas en utilidad con las relativas al siglo XVII ya mencionadas.

Y toda esta enorme labor sobre nuestra escena dejaba aún tiempo a Cotarelo para ser un diligente bibliófilo. A pesar del mucho tiempo que cuesta el vagar por librerías y el registrar catálogos, él se hizo con una magnífica colección de teatro, acaso la más copiosa que exista hoy en España, y sin duda la más selecta, como reunida por quien era el más enterado en la materia.

Un aspecto ignorado de la personalidad de don Emilio Cotarelo es el musical. Al ver en sus obras tratados con frecuencia temas de música, podría creerse que quien en tales ocasiones se expresa con chocante perspicacia lo hace por mera intuición; pero no: él tenía en la materia una preparación técnica nada vulgar. Dominaba el solfeo, tocaba el piano y algún otro instrumento, y sentía por la música una devoción tan grande como por la Literatura. Conocía bien los grandes compositores clásicos y, gracias a su prodigiosa memoria, recor-

daba melodías de Mozart o de Beethoven con gran exactitud de entonación, o repetía con gusto multitud de trozos de nuestros grandes zarzuelistas, como Gaztambide, Oudrid, Arrieta y sobre todo de Barbieri, que siempre le inspiraba los elogios mayores. Este otro campo de su actividad íntima y desconocida se deja adivinar en muchos de sus estudios teatrales ya indicados, pero además le lleva en especial a escribir otras dos obras: *La ópera en España*, 1917, y el *Ensayo histórico sobre la Zarzuela*, su última producción; obras que encierran tanto valor para el literato como para el musicólogo.

Estudios bibliográficos y críticos valiosísimos sobre el teatro anterior a Lope de Vega, edición de obras de Lope de Ruéda y Juan del Encina, escritos varios sobre Cervantes (no olvidemos las cómodas *Efemérides Cervantinas*, 1905), publicación de novelas raras de los siglos XVI y XVII, estudios sobre el *Diálogo de la Lengua*, sobre leyendas diversas, sobre Impresores y Calígrafos, estudios fonéticos y sintácticos, novelas históricas originales... inútil querer dar un vistazo a toda esa actividad incesante, noble ejemplo de consagración total a la tarea elegida.

El afecto de Cotarelo a nuestra corporación era extraordinario. El había estudiado los anales de esta casa con particular atención. Aun su breve *Discurso acerca de las obras publicadas por la Academia Española*, leído en la Fiesta del Libro de 1928, se convierte en una breve historia académica, al explicar los motivos, propósitos y personas que intervinieron en cada una de esas publicaciones.

Por mayo de 1912 ocupó Cotarelo en la comisión del

Diccionario Vulgar la vacante ocurrida por fallecimiento de Menéndez Pelayo. Después tuvo un puesto en casi todas nuestras comisiones. Fué designado senador por la Academia en 1919, 1921 y 1923. Trabajó muy particularmente en la comisión del BOLETÍN; revisó una gran parte de la edición 14.<sup>a</sup> del Diccionario Vulgar y compuso un tercio del tomo I del Diccionario Histórico.

Con don Emilio Cotarelo se extinguen multitud de actividades de la antigua Academia; con él desaparece gran parte de los recuerdos de aquel tiempo que él representaba y conocía como nadie, y con él pierde España uno de los eruditos más insignes, de los que más han contribuido al estudio de nuestro pasado.

R. MENÉNDEZ PIDAL.